



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

JOHN MOODY

Es director del "Moody's Investors Service", de Nueva York. Ha escrito entre otras obras: *The Baffled Business World* (La Economía desquiciada), y una historia de su conversión: *My Long Road Home* (Mi largo camino hacia el hogar). John Moody es Vicepresidente de la Liga Nacional de Convertidos Católicos de Nueva York, que se llama Asociación de San Pablo.

Es lo último, que yo haría", me empeñaba en afirmar cada vez que me anunciaban que alguien se había convertido al catolicismo. Y me lo pasé repitiendo toda mi vida.

Me crié en la Iglesia episcopal; pero apenas llegué a mayor edad la abandoné. Al principio me preocupé de las diversas formas del Protestantismo. De allí pasé al Panteísmo, pues la Naturaleza me llevó a filosofar. A los treinta años ya no me contentaba el Panteísmo, pues me consagré a la filosofía y me había vinculado con William James y sus partidarios.

Ya para entonces había perdido la fe. Yo era lo que llamamos un modernista. Pero al correr del tiempo descubrí, lo que no se escapa a la mayoría de los que piensan en algo: que es imposible ser feliz; sin tener la satisfacción de encontrar en otros

nuestros propios pensamientos. En 1900 era Herbert Spencer el hombre, cuya concepción de la vida me había apropiado yo. Le sucedió William James en mis predilecciones, para ser, a su vez sustituido por Santayana. Después llegó Bergson y vino finalmente a suplantarle Freud, con su Psicoanálisis, que eliminó totalmente las concepciones anteriores.

Por el año de 1920 había llegado al punto de parecerme imbécil y vana la obra de la moderna filosofía. Ya no sabía a qué atenerme, ni qué creer. No hallaba una explicación satisfactoria de la vida, y me hallaba en el estado psicológico de los hombres que nacen predispuestos a la crítica. Me sentí como quien camina en un círculo y nunca encuentra el fin. El error está en que el hombre de cultura media, que en nada es especialista, está demasiado predispuesto a creer en autoridades y prestigios, que ellos mismos se crean. Yo recuerdo que reconocí el Darwinismo, sólo porque esos grandes prestigios lo juzgaban científicamente fundamentado. De ahí nació también mi confianza en Spenser. Pero después de algún tiempo me hice esta pregunta: "¿Lo saben ellos mismos?"

Un día—era, si no me engaño, el año 1922—descutía yo sobre este tema con un Profesor de Universidad. En esto, él se me para y me dice: "Pero ¿acaso sé yo mismo si ésto es verdad? Por lo demás, ésto es una cosa fatal. Si supieran por ahí las gentes qué "insignificancias" somos nosotros. Porque en realidad apenas sabemos más que los demás; y más o menos tarde nos comprometen nuestros propios pensamientos".

Esto me hizo cabilar.

Cuando yo comencé a trabajar en la Banca, recuerdo la admiración que sentía por los llamados "Grandes". Más tarde conocí perfectamente los puntos flacos de esos grandes hombres de Wall Street. Pronto aprendí a considerarlos,—actuaron en la Política o en la Economía,—como "insignificancia". ¡Y ahora mi compañero venía a decirme lo mismo de los filósofos...! En este estado de ánimo cayó en mis manos la "Orthodoxie" de Chesterton. En esa obra aprendí a reirme de la moderna filosofía.

A pesar de todo yo pensaba: "Pero en alguna parte debe hablarme la respuesta a los problemas de la vida. ¿Dónde hallarla?" Bien veía que esa respuesta no había de hallarla en los diversos sistemas religiosos, a que había pertenecido sucesivamente. ¿Dónde estaba, pues, la respuesta? Solamente había dejado de buscar en el catolicismo. ¿Por qué? Porque estaba predispuesto contra la Iglesia Católica. Se me había enseñado que el Catolicismo era cosa que no merecía la preocupación de nadie.

—*—

Así corrían las cosas; pasé de los cincuenta años, desengañado de todo lo que había amado con entusiasmo. A pesar de todo, buscaba una solución a los problemas de la vida y pronto la había de hallar.

La cosa sucedió poco más o menos así. El año de 1927 hube de ir a Viena por razón de negocios, acompañado de un amigo. Visitamos a los banqueros y empleáramos la mayor parte del tiempo en conversaciones de negocios. Un día habíamos ido a visitar a un banquero, que por ocupaciones ineludibles no pudo recibirnos a la hora prefijada. Como teníamos una hora de espera propuse visitar y admirar la Iglesia Católica de San Esteban. Era el día 15 de Agosto. En aquel momento se estaba cantando una Misa solemne. Nunca, en América, había visitado yo un templo católico; y asistía a mi primera misa. Una extraordinaria cantidad de fieles llenaba la Catedral, y como estábamos en medio de la multitud nos sentimos arrollados por la gente. Repentinamente oímos sonar una campanilla, y todos doblaron la rodilla. Nosotros no podíamos movernos, pues estábamos totalmente rodeados. Miré a mi compañero y le dije: "Va a ser lo mejor que también nosotros nos arrodillemos". Así lo hicimos y permanecimos de rodillas, como el resto del pueblo. Yo me sentía muy impresionado, tan impresionado, que decidí asistir allí mismo por la tarde a las vísperas. En los

tres días siguientes asistí a la Misa en la Catedral. Cuando abandoné a Viena me dijo: "Algo lleva en sí el Catolicismo, que es realidad. Y tengo que averiguar en qué consiste".

A mi regreso a Nueva York hablé de ello con mi mujer. "Antes de que te percaes, me dijo ya caerás en manos de algún cura y te convertirá". No, no, le respondí, si doy un paso semejante, ha de ser a mi completo sabor". Apenas me fué posible, dí un recorrido a la literatura católica, y, cosa increíble, tardé tiempo en dar con ella. Yo conozco otros que están en mi caso y tardan también en encontrar libros católicos. Pronto y afortunadamente cayó en mis manos el libro de Fulton Sheen: "Dios y la Razón". Lo primero que hallé en el libro fué un examen de la moderna filosofía y era lo que más me convenía a mí. En segundo lugar hallé en él una síntesis de la filosofía de Santo Tomás de Aquino. Hasta entonces Santo Tomás era para mí un nombre; y aun llego a dudar que hubiera oído nunca tal nombre. La exposición de la filosofía de Santo Tomás me encantó. Pronto fué llenándose de libros de filosofía escolástica mi biblioteca, de la que hubieron de salir las obras de Mrs. Eddy y otras parecidas, para ceder el puesto a la literatura tomística. Con el tiempo fuí leyendo también a San Agustín y me interné en la Teología. En 1931 tenía como seis estantes de literatura católica. Ya entonces me sentía convencido de que pararía en católico, pero tomé tiempo de sobra para pensarlo. Todavía visité tres famosos predicadores protestantes, para que me resolvieran mis objeciones. Cuando los acorralaba definitivamente en la discusión, me decían: "Ud. está ya en la Iglesia Católica. Haga Ud. lo posible para incorporarse a ella cuanto antes". Yo, sin embargo, me resistía. Profundicé una vez más en Santayana y otros filósofos modernos. Tanto, que empleé en ello todo un año, para volver a recorrer otra vez el camino de mi vida, y ver si algo se me había pasado por alto o había equivocado mi camino. Después de ese año llegué a la conclusión, de que la Iglesia Católica era mi verdadero camino.

Visité un sacerdote en un distrito agrícola del Norte del Estado de Nueva York, y unas semanas más tarde fuí recibido en la Iglesia Católica. El Cardenal Hayes me dió la confirmación y recibí como nombre el de Tomás. Si alguien me preguntara, cómo llegué a la Iglesia Católica, respondería: "Por medio de Santo Tomás".

Y todavía una cosa. Sólo llevo nueve meses de católico, pero puedo asegurar con toda verdad, que en estos meses he sentido una paz que nunca antes había experimentado. Estoy perfectamente persuadido y creo que lo estaré siempre, de que sólo la Iglesia Católica ofrece la solución de todos los problemas de la vida. Yo lo puedo afirmar como hombre que durante cuarenta años ha estado probando toda clase de concepciones filosóficas, y repito que sólo en la Iglesia Católica he hallado la explicación plena de la Vida.

J o h n M o o d y